

llamó á algunos regimientos á Versailles. Los motines, los incendios y los saqueos que se habian verificado justificaban demasiado estas precauciones.

La toma tan fácil de la Bastilla, de aquel simulacro de ciudadela defendida por unos cuantos inválidos, y los asesinatos que siguieron á esta victoria, fueron la primera señal de la segunda revolucion, la revolucion del populacho y de la calle, la revolucion parisiense, la revolucion sangrienta. Todo el mundo abandonó al rey, hasta sus tropas; todo se volvió contra él, hasta la imprudente adhesión de sus fieles oficiales, hasta su demasiado confiada bondad; porque á consecuencia de una reconciliación con la asamblea, provocada por sus pasos confiados, Luis XVI se apresuró á desarmarse enviando sus tropas á la frontera y á armar á sus enemigos confiando el mando de la guardia nacional al marqués de La Fayette.

¡La Fayette, corazón leal, talento falso, vanidoso, político incapaz á quien el implacable Mirabeau llamaba con tanta gracia *Gil-César*! No hay revolucion en la que no se hallen para precipitarla y falsearla hombres de bien, tales como La Fayette, Necker y Bailly.

El poder legislativo y el ejército se le habian escapado al trono y otra vez volvió á creerse que todo estaba concluido, cuando en realidad todo empezaba. La revolucion volvió de nuevo á proclamarse á sí misma, arriba y abajo trataron á la vaqueta á los privilegios y á las tradiciones, y la noche del 4 de agosto tuvo lugar aquella inútil renuncia de todos los privilegios, á la cual llamó Mirabeau con tanta exactitud una *orgia* de igualdad.

Imprudente como la sociedad, á la cual reemplazaba, la nueva sociedad habia decretado la anarquía. Decoró al rey con el título de *Restaurador de la libertad*, y ya aquel rey no tenia de tal sino el nombre.

Luego se figuró la asamblea poner término á la revolucion formulándola en una declaracion vaga de los derechos del hombre y en una constitucion que le reservaba al rey la apariencia del poder ejecutivo.

El populacho entre tanto no habia soltado las armas, en tanto que los teóricos de constituciones discutian inútilmente, se ahorcaba á las gentes en las calles; los tribunos por conservar á su devoción á aquella milicia dispuesta á hacer todo lo que se la mandara, fingian conspiraciones, explotaban el terror de la muchedumbre y organizaban por toda Francia la insurrección contra un enemigo invisible; se incendiaban los castillos, se degollaba á los aristócratas y se inventaban los sospechosos. El desorden daba á luz el desorden, y la miseria aumentaba la miseria. La asamblea decretaba contribuciones que nadie pagaba y el *déficit* que habia servido de pretexto para la revolucion, iba siendo mayor de dia en dia.

Entonces fue cuando el trono se vió abandonado de los últimos defensores que le quedaban. Los mas adictos, tales como el conde de Artois y el príncipe de Condé viendo que ya no era posible una reconciliación

entre la revolucion triunfante y la dignidad real sentenciada, buscaron un punto de apoyo fuera de Francia; esta fue una falta confesada hoy por los mismos partidarios de la legitimidad.

Cuando, impulsada por un arranque caballeresco, la nobleza francesa, pasó la frontera detrás del conde de Artois, los hombres verdaderamente adictos al rey y hasta el rey mismo deploraron aquella marcha tan contra la corriente de la opinion pública. Aquello era no solo ajar un sentimiento legítimo de patriotismo y de orgullo nacional, era atentar á la independencia de la monarquía. Era forzar la mano del rey y conmover aquel trono que se pretendia salvar. Así es como fue juzgada la emigración por uno de los mas grandes militares y por uno de los mejores talentos políticos de la época, el marqués de Boullé, á quien muchos no conocen mas que por una calumnia immortalizada en la *Marsellesa*. «La prueba mas grande de fidelidad no podria ser, decia aquel hombre eminente, no podria ser el trasportar la monarquía, la patria, los derechos y hasta los deberes, al otro lado de la frontera.» (*Ensayos sobre la vida del marqués Francisco Claudio Amor de Bouillé... por su nieto Renato de Bouillé.*)

Aquella sombra de rey que vivia en Versailles incomodaba á la revolucion; era preciso tenerle sujeto mientras llegaba el dia de deshacerse de él. Una comida dada por los Guardias de Corps al regimiento de Flandes y en la cual estos últimos servidores de la monarquía exageraron hasta la imprudencia sus demostraciones de adhesión, sirvió de pretexto para la conspiración parisiense. Los clubs denunciaron un complot de la corte para disolver la asamblea y para hacer entrar en razón á París, y en tanto que la asamblea temblaba, aguardando á cada instante el ataque de un ejército imaginario, el verdadero ejército, el ejército de los clubs, obligando al impotente La Fayette á ponerse al frente de él, iba á atacar á Versailles.

Algunos oficiales, algunos soldados heroicos cubrieron con sus cuerpos á los miembros de la familia real y perecieron defendiéndolos contra una banda de foragidos que se anunciaban como portadores de una petición. Luis XVI fue conducido prisionero á París, y París creyó que ya no le faltaria el pan, porque el monarca estaba guardado con centinelas de vista. Bailly dijo á propósito de esta innoble y terrible escena: «Enrique IV conquistó á su pueblo, aquí el pueblo ha conquistado á su rey.»

*Reconquistado* de este modo Luis XVI, creyó sencillamente con su ilimitada buena fe en la vuelta de la legalidad, en una era de nueva y recíproca confianza; y sin embargo, en aquellas horribles jornadas del 5 y 6 de octubre habia dado el primer paso hácia el cadalso. Los que conocian á los autores del complot popular, los que no se cegaban sobre la implacable lógica de los acontecimientos no veian sino un puerto de salvación para el rey y para su familia: salir de París, de aquel París en donde se multiplicaban las ejecuciones sumarias, de aquel París en donde el pueblo iba tomando el gusto á la sangre.

La asamblea entre tanto retocaba la antigua Fran-